

DICIEMBRE 2015

N.º 72

Unión de sacerdotes, religiosos y seculares

MINISTRI DEI

Servidores de Dios

BOLETÍN DE ACTUALIDAD CATÓLICA TRADICIONAL

¡DÉMOSLE NUESTRA VOLUNTAD!

Todos hemos pensado más de una vez porqué Dios que es Todopoderoso, que lo tiene todo, que con sólo desear una cosa la crea, busca algo de nosotros.

A Dios no lo podemos engrandecer más de lo que es, ni tampoco podemos darle más belleza de la que tiene. Tampoco podemos hacerlo más santo porque su santidad es infinita, ¿entonces que podemos ofrecerle que de verdad no tenga? Podemos ofrecerle nuestra voluntad, porque nuestra voluntad es lo único que no tiene y que no puede tener si no se la damos.

Él podría hacernos dóciles si quisiera e imponernos sus deseos por la fuerza, pero eso no le vale. Él nos marca el camino y nos da libertad para que escojamos por dónde ir. La decisión de escoger este o aquel camino es nuestra. La voluntad de caminar por aquí o por allá, es nuestra. Él respeta nuestra libertad de decidir y escoger, y este respeto por nuestra libertad es una forma más de amor hacia nosotros. Por eso, cuando a Dios le ofrecemos nuestra voluntad, entonces sí que le ofrecemos algo que es realmente nuestro y que nos pertenece como ninguna otra cosa, porque la voluntad es algo que solo es nuestra.

Nuestra salud podemos tenerla mejor o peor y Dios mismo nos puede dar más o menos salud. Lo mismo pasa con la inteligencia. Él nos puede hacer más inteligentes o más torpes, pero nuestra voluntad solo nos pertenece a nosotros, porque Él en su infinita sabiduría así lo ha querido, y nos ha dado libertad para escoger sus caminos o para dejarlos. No nos impone nada, nos manda, pero no nos impone. Desprendernos de nuestra voluntad, incluso en los bienes espirituales, es algo que muy pocas almas entienden, pero cuya acción nos lleva a la más estrecha unión con Dios, porque es desprendernos de lo único que tenemos realmente nuestro, y por eso al Señor le vale tanto este ofrecimiento, porque El nos da la libertad de decir sí o no, eso o aquello, y esta libertad la respeta en todas las generaciones, en todas las almas en todas las edades y por todos los siglos.

Ofrecerle al Señor nuestra voluntad y en su lugar poner la suya y hacer este ofrecimiento cada día, es una joya inestimable para Dios. Los santos se ejercitaban en contrariar su voluntad y ofrecérsela a Dios, y cuando Él ve el amor de un alma que renuncia a su propia voluntad por Él, entonces no se deja ganar en generosidad y cuida de esa alma de forma especial para que no se malogre bajo ningún aspecto. Pues en estos días navideños en que todo el mundo se intercambian regalos, hagámosle uno a Jesús de gran valor para Él: ¡démole nuestra voluntad!



Avda. de Andalucía, 71
Escalera derecha 1.º B
23.005 Jaén (España)

E-mail:
ministridei@hotmail.com

Página Web:
www.ministridei.es

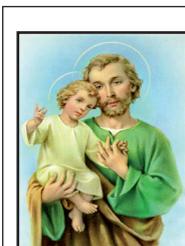
Teléfonos
923 286 689
657 401 264

Sumario

Démole nuestra voluntad	1
Recordamos	1
El Corazón de las Misericordias.	2-3-4
Atención	4
Flores de Santidad	4

Antepón mi voluntad a la tuya porque mi Madre, tu Señora, desde el principio hasta el final, nunca quiso nada más que lo que Yo quise. Si haces esto, entonces tu corazón estará con el mío y lo inflamaré con mi amor, de la misma forma que lo árido y seco se inflama ante el fuego.

Revelación de Jesús a Santa Brígida



RECORDAMOS

QUE LOS "SIETE PODEROSOS DOMINGOS"
A SAN JOSÉ COMIENZAN EL 31 DE ENERO

¡NO DEJES DE HACERLOS!

EL CORAZÓN DE LAS MISERICORDIAS

De muchas formas podríamos llamar al Corazón de Jesús: Santuario de justicia y amor, fuente de todo consuelo, abismo de todas las virtudes etc. etc. Pero hoy vamos a llamarlo tal y como el mismo Jesús pidió en el siglo pasado a una mística francesa, Gabriela Bossis: EL CORAZÓN DE LAS MISERICORDIAS.

Pues llamando así al divino Corazón de Jesús se diría que ya resume perfectamente lo que es este Corazón del que nunca llegaremos a expresar adecuadamente todo lo que es.



Todos los hombres somos pecadores y reincidimos una y otra vez en faltas y en pecados. Parece como si el Señor con esta advocación que Él mismo da a su divino Corazón, quisiera decirnos que por muy pecadores que seamos, su Corazón es pura misericordia y nos espera siempre, por tanto, no dejemos de acudir a Él.

Mientras vivimos en la Tierra nos encontramos en tiempo de misericordia y podemos rectificar una y otra vez de nuestros muchos pecados, no solo de acción sino de omisión. Podemos reparar, podemos dar limosnas como satisfacción

y podemos enmendarnos y compensar a Dios con una vida de honradez y honestidad. Pues mientras vivimos tenemos esta gracia de Dios de aplicarnos su misericordia y de volver a Él como el hijo prodigo volvió a su padre después de una vida de disipación y pecado. Pero una vez muertos, una vez que el espíritu sale de nuestro cuerpo, es tiempo de la justicia de Dios y se nos juzgará según nuestras obras.

El alcance de la misericordia del Corazón de Jesús es incomprendible para nosotros que somos viles y ruines en cuanto a generosidad al prójimo se refiere. No sucede así con el Señor que siempre está presto a perdonarnos, a olvidar nuestros pecados y a darnos su gracia para que no volvamos a caer. Nadie en esta vida es capaz de perdonar y amar como Él. Ni siquiera nuestros familiares: padres, hijos, hermanos o cónyuges. Por eso no creer en esta misericordia o sentirnos indignos por la inmensidad de nuestros pecados, es herirlo sensiblemente y hasta ofenderlo, porque es como si lo pusiéramos a nuestra altura cuya mezquindad a la hora de perdonar u olvidar es evidente.

Nadie ha podido cantar al Corazón de Jesús adecuadamente excepto Él mismo. Él ha sido quien, por diversas revelaciones privadas de personas escogidas, nos ha instruido acerca de este Corazón que tanto ha amado y ama a los hombres.

COMPENDIO DE GRACIAS

Para los fieles la mayor desgracia que puedan tener es permanecer un día y otro y otro y así, hasta años en el pecado, porque muchos desgraciadamente terminan muriendo en el pecado, cuando tenemos tantos medios en la Iglesia Católica para salir de él y regenerarnos. Hay fieles que se contentan con quitar las malas hierbas que crecen en sus corazones, pero no quieren quitar la raíz de las mismas: No todo el que me diga: *Señor, Señor, entrará en el Reino de los Cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre Celestial.* (Mt 7,21-23) Desdichados esos fieles que permanecen manchados y sedientos en medio de la fuente de aguas vivas que es el Corazón de las Misericordias, el Corazón de Cristo, puesto que jamás quedarán limpios, ni refrigerados, no porque no tengan la oportunidad, sino porque ellos no ponen de su voluntad para salir del pecado.

Si Dios fuera un tirano, un déspota que nos exigiría algo superior a nuestras fuerzas, casi podríamos pensar (por decirlo de alguna forma) que su tiranía nos hunde y que salir del pecado es poco menos que una laboriosa labor. Pero no podemos decir esto, ni siquiera pensarlo, porque nadie más misericordioso que Dios y nadie nos ha dado tantos medios para enmendarnos que Él mismo a través de su Corazón. En el Corazón misericordioso de Jesús nada se agota. Así como tampoco se disminuye el océano porque se le saque agua y a veces, la marea que viene es más

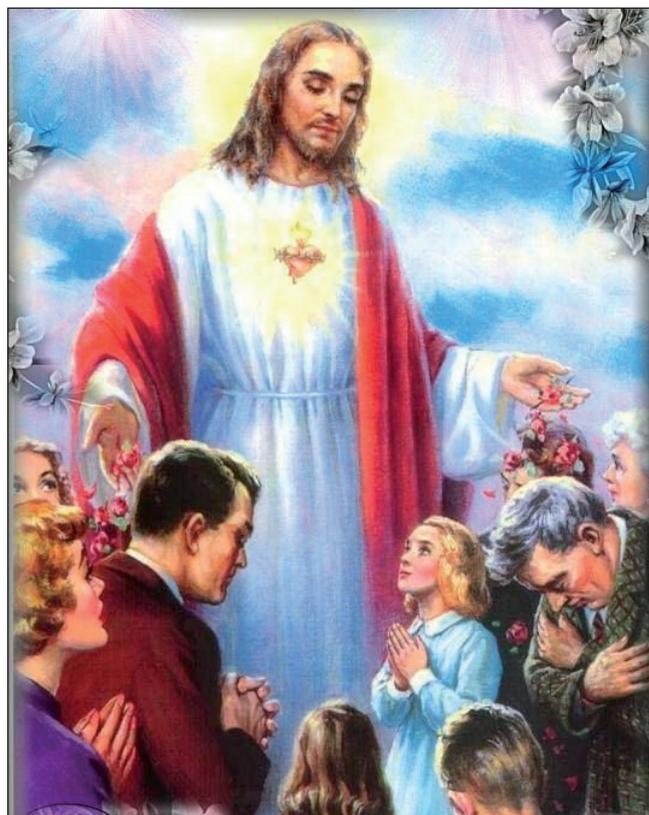
alta que la anterior. Él tampoco se cansa de perdonarnos una y otra vez. ¿Hay alguna riqueza que le falte a este Sagrado Corazón? ¿Hay algo que podamos decir que no tiene?: *El que tenga sed, que venga a mí y beba el que cree en mí; como dice la Escritura, de sus entrañas manarán ríos de agua viva* (Jn 7,37-38). El Corazón divino es un compendio de gracias y virtudes y su perfección es infinita. Rechazar tantos medios para cambiar de vida, todos ricos en gracias y diferentes para que podamos escoger el que mejor se ajuste a nuestra sensibilidad, psicología, nivel de espiritualidad, fidelidad y disposiciones, para ayudarnos a salir del mal, rechazar estos medios es un suicidio, una ruina para el alma, porque nadie ha dado tanto y tan variado a la criatura para ayudarlo a superarse y a elevarse por encima de las pasiones y concupiscencia y hacerla grata a sus ojos y pueda así alcanzar la salvación eterna. Por el contrario, cuando un alma se abandona en Jesús y lo sigue, ¡ya no vive para sí mismo, sino para Aquel que vivió y murió por él! (2 Co 5,15) y encuentra su refugio en su divino Corazón. Esa alma, aun sin ella advertirlo, vuela alto hacia las dimensiones celestiales, y ya en esta vida goza de un cielo adelantado como preludio de lo que será su eternidad.

UNA ESPIRITUALIDAD PARA ALMAS PEQUEÑAS

El Corazón de Jesús desde el primer instante de su Encarnación se convirtió en un mar de penas, y estas penas duraron hasta su último suspiro: *Con un bautismo tengo que ser bautizado, ¡y qué angustia sufro hasta que se cumpla!* (Lc 12,50). Continuamente sintió los sufrimientos y los suplicios que le esperaban, porque Jesús al ser verdadero hombre, sufrió y temió igual que cualquier otro hombre. Su divinidad no le eximió de ninguno de los sufrimientos que le esperaban y que como Dios conocía. Hay quienes creen que por ser Dios no sufrió como sufriría cualquier otro hombre, y precisamente porque era Dios conocía la Pasión cruelísima que le esperaba, y sufrió con antelación todas las amarguras, traiciones y tormentos que sabía recibiría. Pero Él voluntariamente aceptó todo por nosotros, por misericordia a las almas que se perderían si Él no las redimía, y por amor y gloria a su Padre Eterno para satisfacerle la deuda inmensa que por causa de Adán contraímos.

Pero si el Corazón de Jesús sirve para sacar a las almas de la esclavitud de sus pecados y es una espiritualidad única para ello, también sirve para elevar a altos niveles de santidad a aquellas otras que viviendo en estado de gracia no progresan adecuadamente por diversas razones. Este camino de santidad que es el Corazón de Cristo es muy propio para quienes deseen santificarse sin agobios, ni actos heroicos. Es un camino adecuado para las almas pequeñas, limitadas, sencillas, que son como niños y a los que se les debe alimentar debidamente.

Todo lo que hay en esta espiritualidad es recomendable para la santidad y la fidelidad en nuestra vida espiritual. Todo es sencillo de practicar, fácil y llevadero, no en vano ha sido el mismo Jesús quien la reveló y la llenó de indulgencias, gracias y promesas excepcionales. Estas promesas son como palmaditas en el hombro que nos animan a iniciarla y a perseverar en esta espiritualidad. Quien esto escribe da fe de que se cumplen admirablemente cada día en



su vida todas las promesas. El Señor prodiga palabras de aliento a los débiles que se dejan guiar por Él: *Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Tomad mi yugo, y aprended de mí, que soy manso y humilde de Corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera.* (Mt 11,28-30)

¿Qué haríamos sin la intervención de Jesús? ¡Qué pobreza tan grande sería la nuestra si Él no nos diera su gracia constantemente! Qué maravillosa aquella promesa que nos dice: *los pecadores encontrarán en mi Corazón el océano infinito de la misericordia.* Entremos en este jardín de delicias, hermoseado de toda clase de flores para reanimar nuestra alma desfallecida y débil por el pecado. El Corazón Misericordioso de Jesús es como un árbol sagrado, cargado de toda clase de saludables y hermosos frutos. Y esos frutos desea este Corazón que se distribuyan con abundancia a todos los que ansíen comerlos y se acerquen a Él. Pero no sólo en momentos de angustia es el Corazón de Jesús refugio de las almas, sino que desea vivan en comunión permanente con Él. Es el dogma más tierno de nuestra fe, la inhabitación de las tres divinas personas en el alma: *El que me ama guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él* (Jn 14,23) ¡Cuántas almas han vuelto a la vida de la gracia por medio del Corazón de Jesús y han salido de una vez por todas del camino de perdición en que se encontraban!

El Corazón de Nuestro Señor, sufrió más que ningún otro miembro de su santa humanidad. Lo mismo que para nosotros es un compendio de gracias y un refugio de amor, para Él fue todo lo contrario, un compendio de penas y amarguras que nunca llegaremos a saber exactamente por mucho que lo contemplemos. En su Corazón sufrió todos los sinsabores, la traición, la cobardía de sus discípulos, la

injusticia, la ingratitud, el odio, el dolor y un sinfín de amarguras inmensas, porque los sufrimientos morales siempre son más amargos que los físicos.

No es lo malo que Él haya sufrido todo eso en su Corazón cuando vivía, a quien no se le perdonó ni un solo sufrimiento, sino que Él sigue sufriendo todo eso ahora, en nuestro tiempo, y muchos de esos sufrimientos son por causa nuestra, por el pecado en que caemos, pero sobre todo, por la "no correspondencia a la gracia" que desestimamos y malogramos por nuestra dejadez.

AMIGO DE PUBLICANOS Y PECADORES

En la vida de Jesús sus contemporáneos lo criticaban diciéndole que era amigo de publicanos y pecadores, que comía y bebía con ellos, y era verdad. Y lo que para ellos era motivo de escándalo, es precisamente para nosotros motivo de gozo, porque ¿quién no es pecador?... y si Jesús y su Corazón eran amigos de pecadores, ¡dichosos nosotros que al serlo, merecemos tener un Amigo como Él! Y lo que al

mundo repugna y rechaza como son los pecadores, sobre todo, aquellos cuyos pecados son atroces y hasta crueles, el Corazón de Cristo les abre sus puertas y les ofrece para su enmienda toda clase de misericordias y de amor, con la única condición de que "no pequen más". No siempre podemos conseguir no caer en el pecado, pero ese "no peques más" podríamos traducirlo por: "pon todos los medios para no pecar". Pero si tenemos la desgracia de volver a pecar



y caer una y otra vez en el pecado, de nuevo este Corazón cuyas misericordias no se agotan, vuelve a abrirnos sus puertas y nos ofrece su Corazón divino como "refugio de pecadores". Es increíble. No hubiéramos podido inventar un Dios que se ajuste tanto a nuestras necesidades y forma de ser. ¡Cuánto consuelo habría en la vida de los hombres si acudieran a Dios en todas sus necesidades y tribulaciones! Serían felices, aun en medio de las tribulaciones, si creyeran en ese Corazón divino, cuya bondad y comprensión es superior incluso que la de nuestra madre, que todo nos lo perdona y nos lo disculpa. En el Corazón de Cristo las almas

encuentran la Fuente de Agua Viva para purificarse y al mismo tiempo la vida de la gracia que el pecado les había quitado. En el Corazón de Jesús las almas que han perdido su autoestima por su debilidad en caer una y otra vez, allí encuentran un horno de Amor. No hay reproches, no hay sentencias, no hay juicios, en ese Corazón solo encuentran Amor, amor puro y verdadero como solo Cristo lo puede conceder. Allí, en ese Corazón el alma que esté más humillada, más agobiada por el peso de sus culpas, será la

que esté más adentro de ese divino Corazón que es Albergue de pecadores.

Podríamos seguir escribiendo líneas y líneas sobre este Corazón de Misericordias, pero el espacio se nos agota. Volveremos más adelante a hablar de Él, es importante que las almas conozcan lo que es capaz el Corazón de Jesús por amor a ellas.

P.D.C.M.F

ATENCIÓN

Informamos que el próximo día 8 de febrero del próximo año, lunes anterior al miércoles de ceniza, tendremos un ACTO DE REPARACIÓN por los carnavales en el Valle de los Caídos, al que están todos invitados. El acto comenzará a las 11.00 de la mañana con una Hora Santa y la celebración de la Santa Misa con el rito extraordinario. Después de la comida habrá una interesante charla.

Contamos con vuestra presencia.

Más información y para reserva de la comida en el teléfono 656 26 87 86.

FLORES DE SANTIDAD

Conviene, pues, que os unáis al Corazón de Nuestro Señor Jesucristo en el comienzo de la conversión, para alcanzar la disponibilidad necesaria y, al fin de la misma, para que la llevéis a término. ¿No aprovecháis en la oración? Bastará con que ofrezcáis a Dios plegarias que el Salvador profiere en lugar nuestro en el Sacramento del Altar, ofreciendo su fervor en reparación de vuestra tibieza; y, cuando os dispongáis a hacer alguna cosa, orad así: Dios mío, hago o sufro tal cosa en el Corazón de tu Hijo y según sus santos designios, y os lo ofrezco en reparación de todo lo malo o imperfecto que hay en mis obras. Y así en todas las circunstancias de la vida. Y siempre que os suceda algo penoso, aflictivo, injurioso, decíos a vosotros mismos: Acepta lo que te manda El Sagrado Corazón de Jesús para unirte a sí.

(Santa Margarita María de Alacoque)